

Como leon hambriento  
Sigue, teñida en sangre espada y mano,  
De más sangre sediento,  
Al moro que huye en vano;  
De muertos queda lleno el monte llano.  
¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,  
Escudo fiel, oh celestial guerrero!  
Vencido ya se muestra  
El africano fiero  
Por tí, tan orgulloso de primero.  
Por tí del vituperio,  
Por tí de la afrentosa servidumbre  
Y triste cautiverio  
Libres en clara lumbre,  
Y de la gloria estamos en la cumbre.  
Siempre venció tu espada,  
O fuese de tu mano poderosa,  
O fuese meneada  
De aquella generosa  
Que sigue tu milicia religiosa.  
De tu virtud divina  
La fama, que resuena en toda parte,  
Siquiera sea vecina,  
Siquiera más se aparte,  
A la gente conduce á visitarte.  
El áspero camino  
Vence con devocion, y al fin te adora  
El franco, el peregrino  
Que Libia descolora,  
El que en Poniente, el que en Levante mora.

EN LA CARCEL DONDE ESTUVO PRESO.

Aquí la envidia y mentira  
Me tuvieron encerrado.  
Dichoso el humilde estado  
Del sabio que se retira  
De aqueste mundo malvado,  
Y con pobre mesa y casa  
En el campo deleitoso  
Con solo Dios se compasa,  
Y á solas su vida pasa,  
Ni envidiado; ni envidioso.

EPITAFIO AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE

DON CÁRLOS.

Aquí yacen de Cárlos los despojos,  
La parte principal volvióse al cielo;  
Con ella fué el valor; quedóle al suelo  
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

# SAN JUAN DE LA CRUZ.

## CANCIONES.

### I.

1. En una noche obscura,  
Con ánsias en amores inflamada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
Estando ya mi casa sosegada.
2. A obscuras y segura,  
Por la secreta escala, disfrazada,  
¡Oh dichosa ventura!  
A obscuras, enclada,  
Estando ya mi casa sosegada.
3. En la noche dichosa,  
En secreto, que nadie me veía,  
Ni yo miraba cosa,  
Sin otra luz ni guía,  
Sino la que en el corazón ardía.
4. Aquesta me guiaba  
Más cierto que la luz de mediodía,

- Adonde me esperaba  
Quien yo bien me sabía,  
En parte donde nadie parecía.
5. ¡Oh noche, que guiaste,  
Oh noche amable más que el alborada!  
Oh noche, que juntaste  
Amado con amada,  
Amada en el Amado trasformada!
  6. En mi pecho florido,  
Que entero para él solo se guardaba,  
Allí quedó dormido:  
Yo le regalaba,  
Y el ventalle de cedros aire daba.
  7. El aire del almena,  
Cuando ya sus cabellos esparcía,  
Con su mano serena  
En mi cuello hería,  
Y todos mis sentidos suspendía.
  8. Quedéme y olvidéme,  
El rostro recliné sobre el Amado,  
Cesó todo, y dejéme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azucenas olvidado.

### II.

## CANCION ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO.

### ESPOSA.

1. ¿Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,  
Habiéndome herido ;  
Salí tras tí clamando, y ya eras ido.

2. Pastores, los que fuerdes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura vierdes  
Aquel que yo más quiero,  
Decidle que adolezco, peno y muero.

3. Buscando mis amores,  
Iré por esos montes y riberas,  
Ni cogeré las flores,  
Ni temeré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.

4. ¡Oh bosques y espesuras,  
Plantadas por mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras,  
De flores esmaltado!  
Decid si por vosotros ha pasado.

CRÍATURAS.

5. Mil gracias derramando,  
Pasó por estos sotos con presura,  
Y yéndolos mirando,  
Con sola su figura  
Vestidos los dejó de su hermosura.

ESPOSA.

6. ¡ Ay, quién podrá sanarme!  
Acaba de entregarte ya de vero,  
No quieras enviarme  
De hoy más ya mensajero,  
Que no saben decirme lo que quiero.

7. Y todos cuantos vagan,

De tí me van mil gracias refiriendo,  
Y todos más me llegan,  
Y déjame muriendo  
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

8. Mas, ¿ cómo perseveras,  
¡ Oh vida! no viviendo donde vives,  
Y haciendo porque mueras,  
Las flechas que recibes,  
De lo que del Amado en tí concibes?

9. ¿ Por qué, pues has llegado  
A aqueste corazón, no le sanaste?  
Y pues me lo has robado,  
¿ Por qué así le dejaste,  
Y no tomas el robo que robaste?

10. Apaga mis enojos,  
Pues que ninguno basta á deshacellos,  
Y véante mis ojos,  
Pues eres lumbre de ellos,  
Y sólo para tí quiero tenellos.

11. Descubre tu presencia,  
Y máteme tu vista y hermosura ;  
Mira que la dolencia  
De amor, que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.

12. ¡ Oh cristalina fuente,  
Si en esos tus semblantes plateados  
Formases de repente  
Los ojos deseados  
Que tengo en mis entrañas dibujados!

13. Apártalos, Amado,  
Que voy de vuelo.

ESPOSO.

Vuélvete, paloma,

Que el ciervo vulnerado  
Por el otero asoma,  
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA.

14. Mi Amado, las montañas,  
Los valles solitarios nemorosos,  
Las insulas extrañas,  
Los rios sonoros,  
El silbo de los aires amorosos;  
15. La noche sosegada  
En par de los levantes de la aurora,  
La música callada,  
La soledad sonora;  
La cena, que recrea y enamora,  
16. Cazadnos las raposas,  
Que está ya florecida nuestra viña,  
En tanto que de rosas  
Hacemos una piña,  
Y no parezca nadie en la montaña.  
17. Detente, cierzo muerto,  
Ven, austro, que recuerdas los amores,  
Aspira por mi huerto,  
Y corran tus olores,  
Y pacerá el Amado entre las flores.  
18. Oh ninfas de Judea,  
En tanto que en las flores y rosales  
El ámbar perfumea,  
Morá en los arrabales,  
Y no queráis tocar nuestros umbrales.  
19. Escóndete, Carillo,  
Y mina con tu haz á las montañas,  
Y no quieras decillo;  
Mas mira las campanías

De la que va por insulas extrañas.

ESPOSO.

20. A las aves ligeras,  
Leones, ciervos, gamos saltadores,  
Montes, valles, riberas,  
Aguas, aires, ardores,  
Y miedos de las noches veladores,  
21. Por las amenas lirás  
Y cantos de Sirenas os conjuro  
Que cesen vuestras iras,  
Y no toqueis al muro,  
Porque la Esposa duerma más seguro.  
22. Entrádose ha la Esposa  
En el ameno huerto deseado,  
Y á su sabor reposa,  
El cuello reclinado  
Sobre los dulces brazos del Amado.  
23. Debajo del manzano  
Allí conmigo fuiste desposada,  
Allí te di la mano,  
Y fuiste reparada  
Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA.

24. Nuestro lecho florido,  
De cuevas de leones enlazado,  
En púrpura tendido,  
De paz edificado,  
De mil escudos de oro coronado.  
25. Á zaga de tu huella  
Los jóvenes discurren al camino  
Al toque de centella,

Al adobado vino,  
Emisiones de bálsamo divino.

26. En la interior bodega  
De mi Amado bebí, y cuando salía  
Por toda aquesta vega,  
Ya cosa no sabía,  
Y el ganado perdí que ántes seguía.

27. Allí me dió su pecho,  
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
Y yo le di de hecho  
A mí, sin dejar cosa;

Allí le prometí de ser su esposa.

28. Mi alma se ha empleado,  
Y todo mi caudal, en su servicio;

Ya no guardo ganado  
Ni ya tengo otro oficio,

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

29. Pues ya si en el ejido  
De hoy más no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido,  
Que, andando enamorada,  
Me hice perdidiza y fui ganada.

30. De flores y esmeraldas  
En las frescas mañanas escogidas,  
Harémos las guirnaldas,  
En tu amor florecidas,  
Y en un cabello mio entretejidas.

31. En sólo aquel cabello  
Que en mi cuello volar consideraste,  
Mirástele en mi cuello,  
Y en él preso quedaste,  
Y en uno de mis ojos te llagaste.

32. Cuando tú me mirabas,  
Su gracia en mí tus ojos imprimían,  
Por eso me adamabas,

Y en eso merecían

Los míos adorar lo que en tí vian.

33. No quieras despreciarme,  
Que si color moreno en mí hallaste,  
Ya bien puedes mirarme,  
Después que me miraste;  
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

ESPOSO.

34. La blanca palomica  
Al arca con el ramo se ha tornado,  
Y ya la tortolica  
Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

35. En soledad vivía,  
Y en soledad ha puesto ya su nido,  
Y en soledad la guía

Á solas su querido,  
También en soledad de amor herido.

ESPOSA.

36. Gocémonos, Amado,  
Y vámonos á ver en tu hermosura  
Al monte y al collado,  
Do mana el agua pura;  
Entremos más adentro en la espesura.

37. Y luego á las subidas  
Cavernas de las piedras nos irémos,  
Que están bien escondidas,  
Y allí nos entrarémos,  
Y el mosto de granadas gustarémos.

38. Allí me mostrarías  
Aquello que mi alma pretendía,

Y luego me darías  
Allí tú, vida mía,  
Aquello que me diste el otro día.

39. El aspirar del aire,  
El canto de la dulce filomena,  
El soto y su donaire  
En la noche serena  
Con llama que consume y no da pena.

40. Que nadie lo miraba,  
Aminadab tampoco parecía,  
Y el cerco sosegaba,  
Y la caballería  
Á vista de las aguas descendía.

III.

I. ¡Oh llama de amor viva,  
Que tiernamente hieres  
De mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquivada,  
Acaba ya, si quieres,  
Rompe la tela de este dulce encuentro.

II. ¡Oh cauterio suave!  
¡Oh regalada llaga!  
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,  
Que á vida eterna sabe,  
Y toda deuda paga!  
Matando, muerte en vida la has trocado.

III. ¡Oh lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores

Las profundas cavernas del sentido,  
Que estaba oscuro y ciego,  
Con extraños primores,  
Calor y luz dan junto á su querido!

IV. ¡Cuán manso y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente sólo moras!  
Y en tu aspirar sabroso,  
De bien y gloria lleno,  
¡Cuán delicadamente me enamoras!

# FERNANDO DE HERRERA.

## CANCIÓNES.

### POR LA VITORIA DE LEPANTO.

Cantemos al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tú rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraon, feroz guerrero;  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luégo  
Los tragó, como arista seca el fuego.  
El soberbio tirano, confiado  
En el grande aparato de sus naves,  
Que de los nuestros la cerviz cautiva  
Y las manos aviva  
Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros más excelsos de la cima  
Y el árbol que más yerto se sublima,

Bebiendo ajenas aguas y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.  
Temblaron los pequeños, confundidos  
Del impio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movió el airado cuello aquel potente;  
Cercó su corazón de ardiente saña  
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,  
Porque en tí confiadas le resisten,  
Y de armas de tu fe y amor se visten.  
Dijo aquel insolente y desdeñoso:  
«¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos,  
O valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos  
Pudo salvar los de Austria y los germanos?  
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardallas de mi diestra vencedora?  
» Su Roma, temerosa y humillada,  
Los cánticos en lágrimas convierte;  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
Cuando vencidos mueran;  
Francia está con discordia quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte  
Quien honra de la luna las banderas;  
Y aquellas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa,  
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?  
» Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
Y me dan por salvarse ya la mano.

Y su valor es vano ;  
Que sus luces cayendo se oscurecen.  
Sus fuertes á la muerte ya caminan,  
Sus vírgenes están en cautiverio,  
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.  
Del Nilo á Eufórates fértil y Istro frío,  
Cuanto el sol alto mira todo es mio.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
Usurpe quien su fuerza osado estima,  
Prevaleciendo en vanidad y en ira,  
Este soberbio mira,  
Que tus aras afea en su victoria.  
No dejes que los tuyos así oprima,  
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,  
Y en su esparcida sangre el odio pruebe ;  
Que hechos ya su oprobio, dice : « ¿ Dónde  
El Dios de estos está ? ¿ De quién se esconde ? »

Por la debida gloria de tu nombre ,  
Por la justa venganza de tu gente ,  
Por aquel de los míseros gemido ,  
Vuelve el brazo tendido  
Contra éste, que aborrece ya ser hombre ;  
Y las honras que celas tú consiente,  
Y tres y cuatro veces el castigo  
Esfuerza con rigor á tu enemigo,  
Y la injuria á tu nombre cometida  
Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso  
Que tanto odio te tiene ; en nuestro estrago  
Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se hallaron.  
« Venid, dijeron, y en el mar undoso  
Hagamos de su sangre un grande lago ;  
Deshagamos á estos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente,

Y dividiendo de ellos los despojos,  
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentosa Egipto  
Los árabes y leves africanos ,  
Y los que Grecia junta mal con ellos,  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder y número infinito,  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocuparon del piélago los senos ,  
Puesta en silencio y en temor la tierra ,  
Y cesaron los nuestros valerosos,  
Y callaron dudosos ,  
Hasta que al fiero ardor de sarracenos,  
El Señor, eligiendo nueva guerra ,  
Se opuso el jóven de Austria, generoso  
Con el claro español y belicoso ;  
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
Que su Sion querida siempre viva.

Cual leon á la presa apercebido ,  
Sin recelo los impíos esperaban  
A los que tú, Señor, eras escudo ;  
Que el corazon desnudo  
De pavor, y de fe y amor vestido,  
Con celestial aliento confiaban,  
Sus manos á la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindiéronse temblando y desmayaron ;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,

Como la arista queda  
Al impetu del viento, á estos injustos,  
Que mil huyendo de uno se pasmaron:  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad seguiste,  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al cruel dragon, cortando  
Las alas de su cuerpo temerosas  
Y sus brazos terribles no vencidos;  
Que con hondos gemidos  
Se retira á su cueva, do silbando  
Tiembla con sus culebras venenosas,  
Lleno de miedo torpe sus entrañas,  
De tu leon temiendo las hazañas;  
Que, saliendo de España, dió un rugido  
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
Del sublime varon y su grandeza;  
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado,  
Que tu día es llegado,  
Señor de los ejércitos armados,  
Sobre la alta cerviz y su dureza,  
Sobre derechos cedros y extendidos,  
Sobre empinados montes y crecidos,  
Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá á la luz del cielo;  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos horarán su afrenta.  
Mas tú, (Grecia, concorde á la esperanza  
Egipcia y gloria de su confianza,

¡Triste! que á ella pareces, no temiendo  
A Dios y á tu remedio no atendiendo,  
¿Por qué, ingrata, tus hijas adonaste  
En adulterio infame á una impia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos,  
Y con ojos enjutos  
Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente?  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
Que llega á tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,  
Que en tus naves estabas gloriosa,  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si hacias guerra  
De temor la cubrias con suspiro,  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó á tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto  
Y derribar tus inclitos y fuertes,  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento.  
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,  
Tú, que sigues la luna,  
Asia adúltera, en vicios sumergida?  
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
¿Quién rogará por tí? Que á Dios enciende  
Tu ira y la arrogancia que te ofende;  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra tí á pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quelantados,  
Y de tus pinos ir el mar desnudo,  
Que sus ondas turbaron y llanura,

Viendo tu muerte oscura,  
Dirán, de tus estragos espantados;  
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
El Señor, que mostró su fuerte mano  
Por la fe de su príncipe cristiano;  
Y por el nombre santo de su gloria,  
A su España concede esta victoria.  
Bendita, Señor, sea tu grandeza,  
Que después de los daños padecidos,  
Después de nuestras culpas y castigo,  
Rompiste al enemigo  
De la antigua soberbia la dureza.  
Adórente, Señor, tus escogidos,  
Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
Tu nombre; oh nuestro Dios, nuestro consuelo!  
Y la cerviz rebelde, condenada,  
Perezca en bravas llamas abrasada.

A DON JUAN DE AUSTRIA,

VENCEDOR DE LOS MORISCOS DE LAS ALPUJARRAS,

Quando con resonante  
Rayo y furor del brazo impetuoso;  
A Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
Despeñó airado en Etna cavernoso;  
Y la vencida tierra,  
A su imperio rebelde quebrantada,  
Desamparó la guerra,  
Por la sangrienta espada

De Marte, aún con mil muertes no domada;  
En el sereno polo  
Con la suave cítara presente,  
Cantó el crinado Apolo  
Entónces dulcemente,  
Y en oro y lauro coronó su frente,  
La canora armonía  
Suspendía de dioses el senado;  
Y el cielo, que movía  
Su curso arrebatado,  
El vuelo reprimía enajenado.  
Halagaba el sonido  
Al piélagó sañudo, al raudó viento  
Su fragor encogido,  
Y con divino aliento  
Las musas consonaban á su intento.  
Cantaba la victoria  
Del ejército etéreo, y fortaleza  
Que engrandeció su gloria,  
El horror y aspereza  
De la titania estirpe, y su fiera;za;  
De Pálas atenea  
El gorgóneo terror, la ardiente lanza,  
Del rey de la onda egea  
La indómita pujanza,  
Y del hercúleo brazo la venganza.  
Mas del bistonio Marte  
Hizo en grande alabanza luenga muestra,  
Cantando fuerza y arte  
De aquella armada diestra  
Que á la flegrea hueste fué siniestra.  
«A tí, decía, escudo;  
A tí, del cielo esfuerzo generoso,  
Poner temor no pudo  
El escuadron sañoso,

Con sierpes enroscadas espantoso,  
»Tú solo á Oromedonte  
Trajiste al hierro agudo de la muerte  
Junto al doblado monte,  
Y abrió con diestra suerte  
El pecho de Peloro tu asta fuerte.  
» ¡Oh, hijo esclarecido  
De Juno, oh duro y no cansado pecho,  
Por quien cayó vencido,  
Y en peligroso estrecho  
Mimante pavoroso fué deshecho!  
»Tú, cubierto de acero,  
Tú, estrago de los hombres indignado,  
Con sangre hórrido y fiero  
Rompes acelerado  
Del ancho muro el torreón alzado.  
»A tí, libre ya, debe,  
De recelo Saturnio, que el profano  
Linaje que se atreve  
Alzar la osada mano  
Sienta su bravo orgullo salir vano.  
»Mas aunque respandezca  
Esta victoria tuya conocida,  
Con gloria que merezca,  
Gozar eterna vida,  
Sin que yaga en tinieblas ofendida;  
»Vendrá tiempo en que tenga  
Tu memoria el olvido y la termine,  
Y la tierra sostenga  
Un valor tan insigne,  
Que ante él desmaye el tuyo y se le incline;  
»Y el fértil Occidente,  
Cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
Descubrirá presente,  
Con prez y honor de España,

La lumbré singular de esta hazaña;  
»Que el cielo le concede  
Aquel ramo de César invencible,  
Que su valor herede,  
Para que al turco horrible  
Derribe el corazón y ardor terrible.  
»Vese el pérfido bando  
En la fragosa, yerta, acria cumbre  
Que sube amenazando  
La soberana lumbré,  
Fiado en su animosa muchedumbre;  
»Y allí, de miedo ajeno,  
Corre cual suelta cabra y se abalanza  
Con el fogoso trueno  
De su cubierta estancia,  
Y sigue de sus odios la venganza;  
»Mas despues que aparecé  
El jóven de Austria en la enriscada sierra,  
Frio miedo entorpece  
Al rebelde, y lo atierra  
Con espanto y con muerte la impia guerra.  
»Cual tempestad ondosa  
Con horrisono estruendo se levanta,  
Y la nave, medrosa  
De rabia y furia tanta,  
Entre peñascos ásperos quebranta;  
»O cual del cerco estrecho  
El flamigero rayo se desata,  
Con luengo sulco hecho,  
Y rompe y desbarata  
Cuanto al encuentro su impetu arrebatá;  
»La fama alzará luégo,  
Y con las alas de oro la victoria,  
Sobre el giro del fuego  
Resonando su gloria

Con puro lampo de inmortal memoria ;

»Y extenderá su nombre  
Por do céfiro espira en blando vuelo  
Con ínclito renombre,  
Al remoto indio suelo  
Y á do esparce el rigor helado el cielo.

»Si Peloro tuviera  
Parte de su destreza y valentía,  
El solo te venciera,  
Gradivo, aunque á porfia  
Tu esfuerzo acrecentáras y osadía.

»Si éste al cielo amparára  
Contra las duras fuerzas de Minante,  
Ni el trance recelára  
El vencedor tonante,  
Ni sacudiera el brazo fulminante.

»Traed, cielos, huyendo  
Este cansado tiempo espacioso  
Que oprime deteniendo  
El curso glorioso ;  
Haced que se adelante presuroso.»

Así la lira suena,  
Y Jove el canto afirma, y se estremece  
El Olimpo, y resuena  
En torno y resplandece,  
Y Mavorte dudoso se oscurece.

### POR LA PÉRDIDA DEL REY

DON SEBASTIAN.

Voz de dolor y canto de gemido  
Y espíritu de miedo envuelto en ira,

Hagan principio acerbo á la memoria  
De aquel dia fatal, aborrecido,  
Que Lusitania misera suspira,  
Desnuda de valor, falta de gloria ;  
Y la llorosa historia

Asombre con horror funesto y triste  
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente  
Hasta do el mar de otro color se viste,  
Y do el límite rojo de oriente,  
Y todas sus vencidas gentes fieras  
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados  
En sus caballos y en la muchedumbre  
De sus carros, en tí, Libia desierta,  
Y en su vigor y fuerzas engañados,  
No alzaron su esperanza á aquella cumbre  
De eterna luz, mas con soberbia cierta  
Se ofrecieron la incierta

Vitoria, y sin volver á Dios sus ojos,  
Con yerto cuello y corazon ufano  
Sólo atendieron siempre á los despojos!  
Y el Santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el dia cruel, el dia lleno  
De indignacion, de ira y furor, que puso  
En soledad y en un profundo llanto,  
De gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
El nuevo sol, presago de mal tanto,  
Y con terrible espanto

El Señor visitó sobre sus males,  
Para humillar los fuertes arrogantes,  
Y levantó los bárbaros no iguales,  
Que con osados pechos y constantes

No busquen oro, mas con hierro airado  
La ofensa vengüen y el error culpado.

Los impios y robustos, indinados,  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor, y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo afearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura;  
Y con frente segura

Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tornó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza;  
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los beligeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto en cruda guerra  
Cuanto el mar indo encierra,  
Y soberbias ciudades destruyeron?  
¿Dó el corazon seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron y perdieron  
Tanto heroico valor en solo un día;  
Y léjos de su patria derribados,  
No fueron justamente sepultados?

Tales fueron ya éstos, cual hermoso  
Cedro del alto Líbano, vestido  
De ramos, hojas, con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso,  
Sobre empinados árboles crecido,  
Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo su sombra, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo,  
Y en sus hojas las fieras engendraron,  
Y hizo á mucha gente umbroso velo:  
No igualó en celsitud y en hermosura.  
Jamás árbol ninguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presuncion su pecho,  
Desvanecido todo y confiado,  
Haciendo de su alteza solo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho  
A los impios y ajenos entregado.  
Por la raíz cortado;

Opreso de los montes arrojados,  
Sin ramos y sin hojas y desnudo,  
Huyeron dél los hombres, espantados,  
Que su sombra tuvieron por escudo;  
En su ruina y ramos cuantas fueron  
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
Murió el vencido reino lusitano,  
Y se acabó su generosa gloria,  
No estés alegre y de ufanía llena,  
Porque tu témpera y flaca mano  
Hubo sin esperanza tal vitoria,  
Indina de memoria;  
Que si el justo dolor mueve á venganza  
Alguna vez el español coraje,  
Despedazada con aguda lanza,  
Compensarás muriendo el hecho ultraje;  
Y Luco amedrentado, al mar inmenso  
Pagará de africana sangre el censo.

ELEGÍA.

De aquel error en que vivi engañado  
Salgo á la pura luz, y me levanto  
Tal vez del peso que sufrí cansado.

Pudo mi desconcierto crecer tanto,  
Que andúve de mi mismo aborrecido,  
Sujeto siempre á la miseria y llanto.

Ya vuelvo en mí, y contemplo cuán perdido  
Rendí el lozano corazón sin miedo  
A los dañados gustos del sentido.

Mas sé que aunque me esfuerzo apenas puedo  
Abrazar la razón, porque el engaño  
No se me aparta de la vista un dedo.

Y no me vale, aunque en mí bien me engaño,  
Pensar quien soy ni deducir del cielo  
La clara origen contra un dulce daño.

¡Cuán mal se limpian del corporeo velo  
Las manchas, y cuán tarde se desata  
De su pasión quien anda en este suelo!

Mil buenos pensamientos desbarata  
La ocasion, á deleites ofrecida,  
Cuando ménos el hombre se recata.

Mas éstos son peñascos de la vida,  
Do se rompe la nave en mar ondoso,  
Si no va con destreza bien regida.

¿Quién es tan temerario y desdeñoso,  
Que se entregue á la muerte en esperanza  
Del caso siempre incierto y peligroso?

Quien quisiera hartarse en la venganza  
De mis males, hallára á su deseo  
Colmada la medida sin mudanza,

Si, conociendo yo mi devaneo,

No diera al vasto gusto de la mano  
Y alzára de la tierra al fiero Anteo.

Grande trabajo es, aunque no es vano;  
Querer mudar una costumbre larga;  
Grande es, pero es el premio soberano.

Traje en los hombros esta grave carga  
Sin reposar, como otro nuevo Atlante,  
En quien de todo el cielo el peso carga.

No soy despues del daño tan constante,  
Que no tiemble en pensar lo que sufría,  
Y de mi ostinacion, que no me espante.

Ahora voy por una llana via  
A la seguridad del bien que sigo,  
Do será no acertar desdicha mia.

Considero, apartado yo conmigo,  
Del rojo sol la inmensa ligereza  
Y en cuanto infunde su calor amigo;

La tibia, instable luna, la grandeza  
Del ancho mar, su vário movimiento,  
El sitió de la tierra y su firmeza.

Juzgo cuánto es el gusto y el contento  
De gozar la belleza diferente  
Que en sí contiene este terrestre asiento.

Y cuán dulce es vivir alegremente  
Espacios luengos de una edad dichosa,  
Y contemplar tan alto bien presente.

Dó en esta vista y luz maravillosa  
El ánimo encendido ensalce el vuelo  
A la profunda claridad hermosa;

Y allí se afine de aquel torpe velo  
Que en sí lo trajo opreso, y no le impida  
La gruesa niebla ni el error del suelo.

¡Cuán ta miseria no es perder la vida  
En la purpúrea flor de la edad pura,  
Sin gozor de la luz del sol crecida!

¡Cuán vana eres, humana hermosa!  
¡Cuán presto se consume y se deshace!  
La gracia y el donaire y compostura!  
La bella virgen, cuya vista aplácese  
Y regala al sentido, en tiempo breve  
Al mismo que agradó no satisface.  
No así tan presto aparta el viento leve  
Y disipa las nieblas, y el ardiente  
Sol desata el rigor de helada nieve,  
Como á la tierna edad la flor luciente  
Huye, y los años vuelan, y perece  
El valor y belleza juntamente.  
¡Cuán breve y cuán caduca resplandece  
Nuestra gloria! ¡Cuán súbito en el punto  
Que deleita á los ojos desaparece!  
Mas ¡oh, si ser pudiese qué este punto  
De breve vida alegres en sosiego  
Gozáseros, sin miedo y dolor junto!  
Cuál, de ambicion y de avaricia ciego,  
Sulca el piélago inmenso, peregrino,  
Y ve del sol más tarde el claro fuego,  
Cuál, ardiendo en furor de Marte indino,  
Arma el esado pecho en duro hierro  
Contra el estrecho deudo y el vecino:  
Cuál, de sí mismo puesto en un destierro,  
Niega su voluntad por otra ajena,  
Y sigue inferior el mayor yerro.  
Lisonjeros halagos, dulce pena,  
Buscando mal del desvario humano,  
Traen de gusto la esperanza llena.  
Ningun monte ó desierto, ningun llano  
A do pueda llegar gente atrevida  
Nos librará del ciego error profano.  
Ira, miedo, codicia aborrecida  
Nos cercan, y huir no es de provecho;

Que las llevamos siempre en la huida.  
Incierto y congojoso tiene el pecho  
Quien espera; no goza ni sosiega  
Si sus vanos contentos no ha deshecho.  
Quien sabe que se goza, y nunca entrega  
Su fortuna dichosa al brazo ajeno,  
De la virtud á la alta cumbre llega.  
Estos deleites, que seguí sin freno,  
Que al fin tan caro cuestan, me trajeron  
Siempre de confusion y temor lleno.  
Ni fueron firmes ni fieles fueron;  
Dañáronme huyendo, y si hubo alguno,  
Que no, huyó con cuantos me huyeron.  
Seguro gozo puede ser ninguno,  
Ninguno puede ser perpétuo en cuanto  
La tierra cria y cerca el gran Neptuno.  
Sola virtud, tú sola puedes tanto,  
Que el gozo dar perpétuo y bien seguro  
Puedes si en amor tuyo me levanto.  
Lugar puede hallarse tan oscuro  
Do se asconda algun tiempo el error cierto,  
Mas sale á fuerza al cabo al aire puro.  
La vergüenza del propio desconcierto,  
El miedo, vengador de nuestras penas,  
Nos muestran nuestra falta en descubierta.  
El delito y las culpas son ajenas.  
De nuestra condicion; pero nacimos  
Con mil flaquezas de miseria llenas;  
Y tan mal nuestros bienes conocimos,  
Y dimos tanta mano al torpe gusto,  
Que solos sus regalos admitimos.  
¿Do está el deseo ya del honor justo?  
¿Dó el amor verdadero de la gloria?  
¿Dó contra el vicio el corazon robusto?  
Gran hazafia es gozar de la victoria

Del bravo contendor, y los despojos  
Guardar para blason de la memoria;  
Pero es mucho mayor ante los ojos  
Que miran bien, por la no usada senda  
Caminando entre peñas y entre abrojos,  
Sobrepujar en áspera contienda  
Sus contrarios, y verse en la ardua cumbre  
Do no alcance el nublado ni le ofenda.  
Mas ¿quién podrá subir sin viva lumbre?  
¿Quién sin favor que aliente su flaqueza,  
Y le alce de esta grave pesadumbre?  
Si yo pudiese bien en tu belleza  
Fijar mis ojos, musa soberana,  
Y contemplar cercano tu grandeza,  
Del ciego error y multitud profana,  
Que se entorpece en la tiniebla oscura,  
No seguiria la opinion liviana;  
Antes con voluntad libre y segura,  
Abrasado en tu amor, ocuparia  
La vida en admirar tu hermosura.  
Y aquí do el Bétis desigual varia  
El curso y vuelve y trueca la creciente,  
Un apartado puesto escogeria,  
Do la ambicion de tanta errada gente,  
Los deseos injustos, la esperanza,  
Dulce engaño del ánimo doliente,  
En este estado, libre de mudanza,  
No podrian turbarme del sosiego  
Que en la discreta soledad se alcanza.  
Otro rompa los senos del mar ciego  
Con prestas alas de su osada nave,  
Do no se aventuró romano ó griego;  
Llegue do el sacro Océano se trabe  
Con el piélagó Austral, y no cansado  
Cerque el golfo que el hielo torna grave;

Que bien puede alabarse, confiado  
De haber visto, tratado y conocido,  
Y mil varios peligros allanado;  
Pero no habrá gozado ni entendido  
Los bienes que el silencio en el desierto  
Da á un corazon modesto y bien regido,  
Fuera de todo humano desconcierto.

---

SONETOS.

AL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

Tú, que vengando con la armada mano  
El ya perdido honor del Occidente,  
Teñiste del mar Jonio la corriente  
Con la vertida sangre de otomano;  
Y volviendo, en el piélagó africano  
Venciste el reino antiguo y tiria gente,  
Y del frances y escoto el pecho ardiente  
Rompiste, y la pujanza del germano;  
Y de rendir cansado el mar y tierra,  
Descansas ya en la paz del alto cielo,  
Que la tierra era poca á tanta gloria;  
Ahora que amenaza cruda guerra  
El impio scita, y tiembla todo el suelo,  
Vén, ó envia á los tuyos la victoria.

AL INVIERNO.

Hórrido invierno, que la luz serena  
Y agradable color del puro cielo  
Cubres de oscura sombra y turbio velo  
Con la mojada faz, de nieblas llena,  
Vuelve á la fria gruta y la cadena  
Del nevoso aquilon, y entre aquel hielo  
Que oprime con rigor el duro suelo,  
Las furias de tu impetu refrena ;  
Que en tanto que en tu ira embravecido,  
Asaltas el divino hispalio rio,  
Que corre al sacro seno de occidente,  
Yo, triste, en nube eterna del olvido  
(Culpa tuya), apartado del sol mio,  
No me enciendo en los rayos de su frente.

AL GOLFO DE LEPANTO.

Hondó Ponto, que bramas atronado  
Con tumulto y terror, del turbio seno  
Saca el rostro, de torpe miedo lleno ;  
Mira tu campo arder ensangrentado ;  
Y junto en este cerco y encontrado  
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,  
Y cubierto de humo y fuego y trueno,  
Huir temblando el impio quebrantado.  
Con profundo murmurio la victoria  
Mayor celebra que jamas vió el cielo,  
Y más dudosa y singular hazaña ;  
Y dí que sólo mereció la gloria  
Que tanto nombre da á tu sacro suelo  
El jóven de Austria y el valor de España.

DON JUAN DE ARGUIJO.

SONETOS.

LAS ESTACIONES.

Vierte alegre la copia en que átesora  
Bienes la primavera, da colores  
Al campo y esperanza á los pastores,  
Del premio de su fe la bella Flora ;  
Pasa ligero el sol adonde mora  
El cancro abrasador, que en sus ardores  
Destruye campos y marchita flores,  
Y el orbe de su lustre descolora ;  
Signe el húmedo otoño, cuya puerta  
Adornar Baco de sus dones quiere ;  
Luego el invierno en su rigor se extrema.  
¡ Oh variedad comun, mudanza cierta !  
¿ Quién habrá que en sus males no te espere ?  
¿ Quién habrá que en sus bienes no te tema ?

LA TEMPESTAD Y LA CALMA.

Yo ví del rojo sol la luz serena  
Turbarse, y que en un punto desaparece

Su alegre faz, y en torno se oscurece  
El cielo con tinieblas de horror llena.

El austro proceloso airado suena,  
Crece su furia, y la tormenta crece,  
Y en los hombros de Atlante se estremece  
El alto olimpo y con espanto truena;

Mas luégo vi romperse el negro velo  
Deshecho en agua, y á su luz primera  
Restituirse alegre el claro día;

Y de nuevo esplendor ornado el cielo  
Miré y dije: ¿Quién sabe si le espera  
Igual mudanza á la fortuna mia?

#### AL GUADALQUIVIR EN UNA AVENIDA.

Tú, á quien ofrecé el apartado polo,  
Hasta donde tu nombre se dilata,  
Preciosos dones de luciente plata,  
Que invidia el rico Tajo y el Páctolo;

Para cuya corona, como á solo  
Rey de los rios, entreteje y ata  
Pálas su oliva con la rama ingrata  
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetuoso  
Con crespas ondas y mayor corriente  
Cubrieres nuestros campos mal seguros;

De la mejor ciudad, por quien famoso  
Alzas igual al mar la altiva frente,  
Respetá humilde los antiguos muros.

#### LA AVARICIA.

Castiga el cielo á Tántalo inhumano,  
Que en impia mesa su rigor provoca,  
Medir queriendo en competencia loca  
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano  
El árbol fugitivo casi toca;  
Huye el copioso Eridano á su boca,  
Y en vez de fruta aprieta el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras  
Que el cercano manjar en largo ayuno  
Al gusto falte y á la vida sobre,  
¿Cómo de muchos Tántalos no miras  
Ejemplo igual? Y si codicias uno,  
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

#### LA CONSTANCIA.

Aunque en soberbias olas se revuelva  
El mar, y conmovida en sus cimientos  
Gima la tierra, y los contrarios vientos  
Talen la cumbre en la robusta selva;

Aunque la ciega confusión envuelva  
En discordia mortal los elementos,  
Y con nuevas señales y portentos  
La máquina estrellada se disuelva,

No desfallece ni se ve oprimido  
Del varon justo el ánimo constante,  
Que su mal como ajeno considera;

En la mayor adversidad sufrido,  
La airada suerte con igual semblante  
Mira seguro y alentado espera.

LA RECAIDA.

Otras dos veces del furioso noto  
Probé las iras en el mar turbado,  
Y no volver jamás á tal estado,  
Arrepentido, prometí, y devoto.  
De la deshecha jarcia y leño róto  
Dí los despojos al altar sagrado,  
Y apenas pisé el puerto deseado,  
Cuando olvidé el peligro y rompí el voto;  
Y ahora, que continúa y fiera lucha,  
Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,  
Y sus enojos aplacar porfio,  
Mis sordas voces sin piedad escucha  
El justo cielo: ¡ Oh inútil desengaño,  
Cuán tarde llegas al remedio mio!

Á ORFEO.

Pudo con diestra lira y dulce canto  
Bajar Orfeo á la region oscura,  
Y del dolor que eternamente dura  
La fuerza suspender y el triste llanto.  
Del divino concanto pudo tanto  
La fuerza, y de su fe constante y pura,  
Que á recobrar su prenda mal segura  
Halló entrada en los reinos del espanto.  
Venturoso amador, si no rompiera  
El preceto fatal, y conservára  
El bien que con tan largo afán conquista;  
Mas ordena ¡oh dolor! la suerte fiera  
Que cuanto con la voz dulce ganára,  
Vuelva á perder con la atrevida vista.

A HÉRCULES.

El jabali de Arcadia, el leon nemeo,  
El toro á los cien pueblos pavoroso,  
Cayeron á mis pies, y victorioso  
De la hidra me vió el lago Lerneo.  
El can de tres gargantas y Tifeo,  
Fieras guardas del claustro tenebroso,  
No burlaron mi intento generoso,  
Ni le valió caer al fuerte Anteo.  
Ejemplos de mi ilustre vencimiento,  
Son Aceloo, Busiris y Diomedes,  
Y el rey á quien huir Hesperia mira;  
Mas ¿por qué ufano mis victorias cuento,  
Cautivo en tu prision? ¡Cuánto más puedes  
Si me rendiste, oh bella Deyanira!

Á BACO.

A tí, de alegres vides coronado,  
Baco, gran padre domador de Oriente,  
He de cantar; á tí, que blandamente  
Tiemblas la fuerza del mayor cuidado;  
Ora castigues á Licurgo airado,  
O á Penteo en tus aras insolente,  
Ora te mire la festiva gente  
En sus convites dulce y regalado,  
O ya de tu Ariadna al alto asiento  
Subas ufano la mortal corona,  
Vén fácil, vén humano al canto mio;  
Que si no desmerece el sacro aliento  
Mi voz penetrará la opuesta zona,  
Y al Tibre enviará el Hispalio rio.

PÍRAMO.

«Tú, de la noche gloria y ornamento,  
Errante luna, que oyes mis querellas;  
Y vosotras, clarísimas estrellas,  
Luciente honor del alto firmamento,  
»Pues ha subido allá de mi lamento  
El són y de mi fuego las centellas,  
Sienta vuestra piedad, ¡oh luces bellas!  
Si la merece; mi amoroso intento.»  
Esto diciendo, deja el patrio muro  
El desdichado Píramo, y de Nino  
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera.  
¡Pronóstico infeliz, presagio duro  
De infaustas bodas, si ordenó el destino  
Que un túmulo por tálamo escogiera!

HORACIO COCLES.

Con prodigioso ejemplo de osadía  
Un hombre miro en la romana puente  
Resistir sólo de la etrusca gente  
El grueso campo que pasar porfia.  
Ni la enemiga fuerza le desvía,  
Ni de su vida el cierto fin presente;  
Que su valor dejar no le consiente  
La difícil empresa en que insistía.  
Oigo del roto puente el són fragoso  
Cuando al Tibre el varón se precipita  
Armado, y sale de él con nueva gloria;  
Y al mismo punto escucho del gozoso  
Pueblo las voces, que aclamando grita:  
«¡Viva Horacio; de Horacio es la victoria!»

Á JULIO CÉSAR,

MIRANDO LA CABEZA DE POMPEYO.

Presenta ufano á César victorioso  
El tirano de Ménfis inclemente  
La temida cabeza que al Oriente  
Tuvo al són de las armas temeroso.  
No pudo dar el corazón piadoso  
Enjutos ojos ni serena frente  
Al dón funesto; mas gimió impaciente  
De tal crueldad, y repitió lloroso:  
«Tú, gran Pompeyo, en la fatal caída  
Serás ejemplo de la humana gloria  
Y cierto aviso de su fin incierto.  
»¡Cuánto se debe á tu virtud crecida!  
¡Cuán costosa en tu muerte es mi victoria!  
Vivo te aborrecí, te lloro muerto.»

Y venció émulos reyes ; sus iguales  
Son ; oh cuáles prisiones !  
Las dádivas reales.

Sigue el oro el cuidado congojoso  
Y la sed de más oro. Yo prudente  
El fausto siempre aborrecí ambicioso,  
Flavio, luz del presente  
S'glo, por ti dichoso.

Quien más negáre á su desear mendigo,  
Habrá del cielo más ; de los que nada  
Godician el estrecho bando sígo,  
De la chusma afanada ;  
Tras la plata enemigo.

Dueño más noble de unas pocas plantas  
Que si me diera luz la fama ciega,  
Porque en mis torres ocultárea cuantas  
Mieses Sicilia siega,  
Pobre en riquezas tantas,

Con un arroyó breve de agua pura,  
Y tierra poca y fiel á mi esperanza  
En desprecio me viene quien la anchura  
Del indio imperio alcanza,  
Con suerte mal segura.

Y aunque ni las abejas calabresas  
Me labran miel, ni vinos regalados  
De Ribadavia añejos ven mis mesas,  
Ni ocupar mis ganados  
De Alcudia las dehesas ;

No pobreza importuna me atormenta,  
Ni tú lo permitieras, y enfrenada  
La codicia, ni así del fisco aumenta  
Mi hacienda limitada  
La mal habida renta,

Como la del que siempre afana en vano,  
Fáltale á quien de poco es enemigo,

FRANCISCO DE MEDRANO.

ODAS.

Á JUAN ANTONIO DE ALCÁZAR,

POR LA TEMPLANZA.

La inexpugnable torre y la ferrada  
Puerta y los canes, tristes veladores,  
Asaz pudieran conservar guardada  
De osados amadores  
A Danaes encerrada,  
Si Vénus, ingeniosa, no burlára  
De Acrisio, padre y guarda recatado  
De la virgen, si no se transformára  
Jove en metal sagrado,  
Que el camino allanára.  
Penetra victorioso las escuadras,  
Y romper quiere el oro por las peñas  
Duras, más que los rayos poderoso,  
¿Qué fuerte á las enseñas  
No se allana medroso ?  
Desmentidas las puertas más leales  
De los pueblos Filipo abrió con dones,

Mucho, ¡Dichoso á quien con seso sano  
Dios le dió bien amigo,  
Lo asaz con parca mano

Á DON ALONSO DE SANTILLAN.

Fió, Santiso, España sus banderas  
De tu constancia y fe; tú al mar violento,  
Expuesto vas, y al viento  
Y á las escuadras fieras  
Del holandes sangriento.

Él se apresta, y á duro cautiverio  
Reducir nuestras gentes se asegura,  
Y por dar se apresura  
Al español imperio  
En el mar sepultura.

Llegue; que puños hallará y consejo  
Buenos así, que cuando á ver su muerte  
De su engaño despierte,  
Cual medroso conejo  
Huir quiera, y no acierte.

Tú al ménos, cuando el viento ó mar derrame  
A los tuyos, ansioso de más gloria  
La muerte ó la victoria  
Al cautiverio infame  
Prefiere; ten memoria

De aquella hermosa y varonil gitana  
Que ver pudo con frente no turbada  
Vencida y destrozada  
Por la gente romana  
Su poderosa armada;

Y ni siguió la vergonzosa huida,

Ni la alteró cual hembra el ya desnudo  
Puñal, de industria agudo;  
Mas al pecho, atrevida,  
Aplicó el áspid crudo.

Tal es. Osó con ánimo robusto  
A morir generosa ántes que viva  
Verse llevar cativa,  
Triunfando de ella Augusto;  
¡Mujer asaz altiva!

## PABLO DE CÉSPEDES.

FRAGMENTOS QUE SE CONSERVAN DE SU POEMA

EL ARTE DE LA PINTURA.

### LIBRO PRIMERO.

Mueve al alma un deseo que la inclina  
A seguir desigual atrevimiento;  
Ardor, que nos parece ser divina  
Inspiracion de pretendido intento;  
Si el desierto vigor donde se afina  
En mí avivase el fugitivo aliento,  
Diría el artificio soberano  
Sin par dó llegar pudo estudio humano.  
¿Cuál principio conviene á la noble arte?  
¿El dibujo que él solo representa  
Con vivas líneas que redobra y parte,  
Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?  
¿El concierto de músculos y parte  
Que á la invencion las fuerzas acrecienta?  
¿El bello colorido y los mejores  
Modos con que florece, ó los colores?  
Comenzaré de aquí: «Pintor del mundo,  
Que del confuso caos tenebroso

Sacaste en el primero y el segundo  
Hasta el último día del reposo  
A luz la faz alegre del profundo,  
Y el celestial asiento luminoso  
Con tanto resplandor y hermosura  
De vária y perfectísima pintura.

»Con que tan léjos del concierto humano  
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,  
Y el traslucido esmalte soberano  
Con inflamadas luces y distintas  
Muestras tu diestra y poderosa mano  
Cuando con tanta maravilla pintas  
Los grandes signos del etéreo claustro  
De la parte del Elice y del Austro;

»Al ufano pavon alas y falda,  
De oro bordaste y de matiz divino,  
Do vive el rosicler, do la esmeralda  
Reluce y el zafiro alegre y fino;  
Al fiero pardo la listada espalda,  
La piel al tigre en modo peregrino,  
Y la tierra amenisima que esmalta  
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

»Todo fiero animal por tí vestido  
Va diverso en color del vário velo;  
Todo volante género atrevido,  
Que al aire y niebla hiende en presto vuelo;  
Los que cortan el mar, y el que tendido  
Su cuerpo arrastra en el materno suelo,  
De tí, mi inculdo ingenio, enfermo y poco,  
Fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.»

### DE LA FORMACION DEL HOMBRE.

Un mundo en breve forma reducido,  
Propio retrato de la mente eterna,